

y fenómenos y de su influencia en las formas y cauces de la convivencia. Dedicamos unas consideraciones a la persona y sus relaciones con el poder o autoridad, eterno problema de la libertad y de la sociedad, afirmando el contenido y la vigencia de la libertad y significando que la proyección actual de la libertad acentúa el juego de lo individual y lo social, por exigencia obligada, ya que sin esa relación los derechos de libertad, tan subrayados en los tiempos actuales, dejarían de tener vigencia.

Por último, en el capítulo final—*La socialización del Estado*—, el profesor Beneyto vuelve a insistir en la ineludible relación entre lo político y la realidad social, porque «el poder político se ha de organizar apoyado en la autoridad social y enmarcado en ella». Pero el presente mundo democrático—dice—se enfrenta con los problemas de organización del poder político «porque exagera la conciencia electoralista» en la que «el individuo es consultado, pero no los «corpora», no las comunidades forjadas en la convivencia». Por ello son necesarias nuevas formas de selección: cuadros políticos vinculados a la sociedad por encima de los mecanismos partidistas, una catalisis cívica que sitúe a las fuerzas en potencia y que consiga que la democracia vea campear los elementos orgánicos propios del agrupamiento de los hombres». Porque la falta de cuerpos intermedios entre el individuo y la totalidad social nos pone en riesgo de anarquía. En estas mismas páginas subrayamos nosotros, al presentar otro libro, la importancia que tienen en la vida social los cuerpos intermedios, de los cuales no puede prescindir una buena política.

Si se olvida la relación Estado-sociedad, los cauces de la convivencia—dice Beneyto—resultan desviados. Por eso el encauzamiento de la convivencia y el bien común son presentados por el autor como «contornos del Estado social».

A través de todo el libro que presentamos van apareciendo, atraídos por una ilación lógica y buscando sus repercusiones socio-políticas, una serie de tesis fundamentales de la filosofía jurídica y social derivadas de las relaciones entre lo político y la realidad social: individuo y cuerpos intermedios; bien individual y bien común y su conciliación en la convivencia, que es la síntesis en que Santo Tomás compendia las relaciones entre el hombre y la sociedad.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

BOURDIEU, P.; PASSERON, J. C., y CHAMBOREDON, J. C.: *Le métier de sociologue*. París, 1968. 432 págs.

La «Escuela Práctica de Altos Estudios» de la Sorbona se propone publicar tres textos de estudio sobre cuestiones básicas en la formación de todo sociólogo. El primero de ellos, que ahora comentamos, se ocupa de la teoría del conocimiento. Los textos constan de dos partes: una teórica y otra práctica, en que se recogen una serie de opiniones de los maestros de las ciencias sociales.

La primera parte, a cargo de los autores, es desafortunada y confusa. Contrasta con la claridad y profundidad de los textos que se recopilan. Dicen que pretendían con ella «dar una introducción para mejor comprender estos textos». Mas lo cierto es que lejos de aclarar el panorama simplemente lo complican. Una introducción no es una síntesis farragosa donde se intente demostrar los amplios «conocimientos» del presentador, sino la exposición de unas líneas generales que faciliten la lectura del libro.

Ambas partes se dividen en tres grandes apartados titulados: la *ruptura*, la *construcción del objeto* y el *racionalismo aplicado*. Los textos de ilustración que componen la segunda parte deben ser leídos paralelamente a los análisis o estudios correspondientes de la primera. La obra termina, aparte de las debidas conclusiones, con unos índices completísimos de textos, autores y temas. Sin duda el libro constituye un valioso instrumento de trabajo y reflexión.

Aunque la selección de los textos tiene cierto aire de eclecticismo las citas de Durkheim se suceden ininterrumpidamente. Nos atrevemos incluso a decir que la obra tiene por finalidad completar el pensamiento epistemológico del fundador de la moderna sociología francesa. Hubiera sido conveniente, por tanto, el haber expuesto sumariamente cuál era ese pensamiento, y no de modo fragmentario a través de saltadas páginas. Todo gira en torno a la concepción de Durkheim de que la sociedad es una realidad *objetiva*. Es posible captarla científicamente mediante un método objetivo, estudiando sencillamente las causas eficientes con exclusión de toda finalidad. A tal fin el sociólogo ha de comenzar por la *ruptura* con toda clase de conocimiento *espontáneo*. Debe ponerse en guardia contra la ilusión del saber inmediato. La familiaridad con las nociones vulgares es el primer obstáculo epistemológico a sobrepasar. La contestación de las «verdades» del sentido común constituye el primer paso del discurso metodológico.

Es preciso, pues, descartar sistemáticamente todas las *prenociones* (los conocimientos vulgares no constatados científicamente). La duda metódica de Descartes no es en el fondo sino una aplicación de este principio. Si Descartes hace una ley del poner en duda todas las ideas que había recibido antes de fundar su ciencia, es que no quiere emplear sino principios científicamente elaborados. Todos los que tengan otro origen deben ser rechazados, al menos provisionalmente.

Hoy han cooperado mucho a dudar del «sentido común» los modernos instrumentos utilizados por la sociología, como la estadística. Un buen estudio sobre el particular lo constituye el trabajo de P. F. Lazarsfeld sobre *The American Soldier*. Mas el «sentido común» no solamente lleva a aceptar como verdaderas simples *prenociones*, sino además a encauzar por sendas muy vulgares la explicación y comprensión de las instituciones. Un buen ejemplo lo constituyen las ilusiones *artificialistas* y las *evolucionistas*. La primera es la del tecnócrata que cree poder constituir o transformar las instituciones por decreto. La segunda considera que el pasado no puede abarcar sino formas inferiores con respecto a las actuales.



Señalaba así Durkheim que para que pueda haber una ciencia verdadera de los *hechos sociales* era preciso que se llegase a considerar las sociedades como realidades comparables a aquellas que constituyen los otros reinos de la naturaleza. En otras palabras, la *sociología* no podía nacer sino cuando la idea *determinista* ya fuertemente establecida en las ciencias físicas y naturales, se extendiese al orden social.

El problema estriba en saber lo que constituye *naturaleza* de la sociedad y lo que es simplemente un *sistema de relaciones culturales* superpuesto. Marx en su *Miseria de la filosofía* ya advertía contra los peligros de quienes afirmando el carácter *natural* de las instituciones burguesas pretendían con ello dar un carácter permanente a unas relaciones de producción que no eran sino históricas y transitorias. La *naturaleza* no puede encontrarse tampoco en características psicológicas de las individualidades componentes. Estudiando la sociedad a través del análisis de las tendencias, propensiones e instintos del individuo nos exponemos a dar como explicación lo que es justamente preciso explicar. Los hechos sociales no son la simple consecuencia de particularidades psicológicas, sino que justamente éstas son en gran parte consecuencia de aquéllos.

Por *construcción del objeto* se entiende en la obra la serie de análisis metodológicos que todo sociólogo debe llevar a cabo en torno a los sectores sociales que van a ser el tema central de sus trabajos. No se puede caer en la ingenuidad de los positivistas que entienden tomar por objeto científico el objeto «real» en su totalidad concreta. Significaría ello el aceptar las abstracciones del sentido común rehusando el partir de la *abstracción científica* que obliga siempre a una problemática histórica y socialmente constituida. Una vez construido este objeto es preciso tratar los hechos sociales como «cosas». Quizá como mejor puede lograr esto el investigador sea haciendo especialmente hincapié en los aspectos *morfológicos e institucionales*, es decir, en las formas más objetivas de la vida social. Estamos ciertamente ante abstracciones, pero que son tan reales como la misma existencia de los individuos.

Llegado el momento de construir todo un sistema con los «hechos sociales» constatados es preciso acudir a un patrón que marque la pauta con arreglo al cual estableceremos la oportuna jerarquía. Los *tipos ideales* de que hablaba Weber se consideran por Bourdieu y sus compañeros como científicamente sobrepasados. Se inclinan más por lo que ellos llaman el «racionalismo aplicado» según lo explicó Gastón Bachelard. No existe, pues, una sociología «neutra». Todo sistema sociológico lleva consigo una determinada filosofía del conocimiento.

Según Bachelard, todas las filosofías del conocimiento científico se ponen en orden a partir del *racionalismo aplicado*. Colocándose en el centro epistemológico de las oscilaciones, dialéctica característica de todo pensamiento científico, entre el poder de rectificación que pertenece a la experiencia y el poder de ruptura y de creación que pertenece a la razón, Bachelard puede definir como *racionalismo aplicado* o *materialismo racional* la filosofía que se actualiza en la «acción polémica incesante de la razón». Esta epistemología rehusa el formalismo de una razón «una

e indivisible». Acepta por el contrario un pluralismo de racionalismos ligados a los dominios científicos que ellos «racionalizan». Coloca como axioma básico el *primado teórico del error*. Define el progreso del conocimiento como rectificación incesante.

Concluyen Bordieu, Passeron y Chamboredon deseando que la actual sociología francesa no caiga en la tentación *positivista* y *empirista* en que parece hundida la sociología americana. Se reafirma la actualidad de la escuela francesa de la sociología que siempre resaltó los aspectos teóricos y epistemológicos de la misma.

ANTONIO EZEQUIEL GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

CABA, Pedro: *Biografía del hombre*. Editora Nacional. Mundo Científico. Serie Filosófica. Madrid, 1967. 462 págs.

El problema del hombre es el eterno problema, siempre actual, de la filosofía del Derecho.

No deja de ser extraño que después de veinticinco siglos en que la filosofía griega descubrió la realidad del hombre; después de veinte en que el Cristianismo añadió el concepto de libertad, y cinco más tarde de que el Renacimiento proclamara su autonomía, sigamos todavía discutiendo sobre el hombre. Sin embargo, el tema del hombre es el tema por antonomasia de la filosofía y de la historia, y estudiar la personalidad humana equivale a estudiar la historia universal.

Y ciertamente, ninguna doctrina desde el antropologismo de Protagoras hasta el personalismo y el humanismo de nuestro días ha ejercido tanta influencia en todos los ámbitos del saber que la concepción que se haya tenido del hombre. En otro lugar nos referimos ampliamente nosotros a la importancia y relación del hombre con el Derecho (*Optimismo antropológico y Derecho*, de próxima publicación).

Buen filósofo, doctísimo filósofo y escritor, Pedro Caba nos presenta «con miedo y exageración, por estar inseguro», la biografía del hombre. Y hacer una biografía del hombre es filosofar sobre él, hacer filosofía. Y es también hacer historia. Pero no son—no pueden serlo—biografía e historia completas ni acabadas porque no han acabado aún la historia y la biografía del hombre.

El libro, lo dice modestamente su autor, es sólo un retrato biográfico, estampas biográficas y no precisamente biológicas. Pero no por eso es éste un libro de ensayos, ya que la intención del autor no es «ensayar», sino que «nace el libro cargado de maduras intenciones graves, queriendo ser resumen y no esbozo de ideas en agraz, acabamiento y no tentativa ligera de meditaciones a medio hacer». El libro sale «después de haber meditado su autor todo lo que él puede decir sobre su tema». Y todo lo que Pedro Caba puede decir, filosofando, sobre el hombre es mucho. Porque Pedro Caba es un conocedor del hombre como pocos. «La filosofía vuelve al hombre», es el título general de una serie de obras en las que de una u otra forma, siempre con origi-